

Desde que ella recuerde, siempre había estado amarrada a aquella rama. Con su suave y aburrido balanceo, según soplara el viento.

Sus compañeras eran copia suya, poco más grandes, otras más pequeñas, recortadas por aquí, dentadas por allá, pero en apariencia, iguales. Parloteando siempre el mismo murmullo, cortando el viento y semejando un silbido. Siempre igual.

Desde su rama, brazo de una acacia, veía, allá a lo lejos otros árboles que enmarcaban los caminos por donde la vida trascurría.

Y ese era su sueño. Contemplar el mundo, conocer otros lugares, oír otros ruidos, beber de otras lluvias.

Pero por mas esfuerzos que hacia no conseguía soltar el nervio de madera que la ataba al árbol. Todo eran quiebros, giros a derecha e izquierda. Pero nada.

Y así la encontró la primavera. Verde, viva, pero atada. Y el verano, soportando aquel calor sobre su dorso. Siempre igual.

Y fue viniendo el otoño, lento, majestuoso. Sintió que algo cambiaba en ella. Sus compañeras se habían teñido de un amarillo acuarela unas, de ocre otras, todas ellas maquilladas como de boda.

Y una mañana, casi sin darse cuenta, una ráfaga de viento corto, sin que nadie se apercibiera, el lazo que la unía a la rama. Soóo fue un leve trisquido, sin molestar

Y volo. Agarrada a las crines del viento, subio y bajo montañas invisibles, girando sobre si misma en un arrebató de sensaciones que iba descubriendo. Se sentía alegre, llena, Libre. Por fin estaba haciendo realidad su sueño. No tenia que soportar el desayuno de savia de los amaneceres. Las mismas preguntas que rompían su intimidad. La misma rutina.

Qué plenitud, qué maravilla. Sólo tenia que dejarse llevar, sin rumbo, sin freno.

Hasta que el viento se recogió. Apago su rugir y la dejo sobre una acera descarnada.

Ya no volaba. No podía moverse. Un pie la piso y la hizo daño, pero nadie la oyo quejarse. Llego la noche.

El agua deslizándose como un rio, la llevo a las fauces de una ruinosa alcantarilla. Y de allí no se movio.

Nadie vino a traerla la savia de su desayuno. La calidez de sus chismorreos. Nadie. Nadie.

Y su libertad se fue apagando. Ya no oíría la alegría ruidosa de los niños camino de la escuela. El timbre de sus bicicletas. Su aventura había sido corta, breve, como el destello de un rayo.

Y se durmió, soñando con su acacia.

Alguien la oyo susurrar » ... qué frágil es la libertad «